

Sé lo que quieres ser



HUMANIDADES

Maite Barrós Noain

Licenciada en Humanidades con especialización en Gestión Cultural (2000). Actualmente, y desde abril de 2003, trabaja en CIVICAN, Fundación Caja Navarra como técnico de programación. Empezó su carrera en el Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Navarra. Más tarde, participó en la Galería de Arte Carlos Ciriza y además ha sido miembro del comité organizador de distintos congresos.



1. Las dificultades unen mucho

“Éramos como una piña –me comenta– porque, al ser una carrera nueva, no sumábamos tantos como en otras carreras y nos conocíamos todos. Había mucho compañerismo, nos ayudábamos unos a otros. Es que en Humanidades cada uno elige sus asignaturas según su conveniencia o sus gustos, y nuestro problema era compatibilizar los horarios, las prácticas, de modo que a menudo te coincidían dos asignaturas a la misma hora y no había más remedio que faltar a una de las dos; entonces nos prestábamos los apuntes para no perdernos explicaciones e ir al día... Unas clases eran por la mañana otras por la tarde, o en la misma mañana una en el Central, otra en el edificio de Derecho, y una tercera en Periodismo, total que nuestra movilidad era enorme; además, a lo mejor en tres días teníamos tres exámenes seguidos..., quiero decir que lo difícil era hacerse un horario, y que las dificultades unen mucho”.

Para la gran mayoría de los alumnos, la vida universitaria supone un choque, a veces duro, con la realidad. Cuando se ha superado, da risa recordarlo, pero el primer curso de cualquier carrera significó pasar de la vida en el colegio, en el instituto, del “todo me lo hace mamá o papá”, “todo resuelto”, “todo muy masticadito”, a encontrarse forzado a decidir varias veces al día en asuntos tan distintos como si se baja a la Uni o no, si se entra en clase o no, si se atreve con esta asignatura o se raja, si compra tal libro, qué le dice a este profesor, cómo se lo dice y dónde, y cuándo, si se apunta a un seminario o no, a un viaje, a un grupo, si entra en la Biblioteca y aprovecha esta hora o se queda fuera charla que te charla, y así, cien cuestiones más. De repente estos alumnos hacen lo que quieren con su libertad, como personas mayores, que en realidad eso son.



2. Con "los europeos"

Ella dice que es tímida e introvertida... Y quizás lo fuera..., entonces; pero como es lista, cuando se hizo una llamada general en busca de colaboradores para el V Congreso de Cultura Europea, se presentó, y entró en su Comité organizador.

A partir de ese congreso, trabajó durante un año como becaria en el Centro de Estudios Europeos, dirigido por Enrique Banús. Y de él me decía: “Era serio, porque ¡para manejar a veinte niñas!..., pero con un sentido del humor excepcional; he aprendido mucho con él”.

“La Universidad no sólo son las clases –comenta–, porque te ofrece muchas oportunidades: los seminarios, los foros, la colaboración en un Departamento, en un congreso sobre la moda, sobre Cervantes, cosas superinteresantes... Es la vidilla de la Universidad”.

De las dos especialidades de la carrera, Gestión Comercial y Gestión Cultural, ella eligió la cultural, y como le atraía el arte, cursó el Diploma de Estudios Artísticos (60 créditos). “Doña Concha” le familiarizó con las fuentes de la historia del Arte, la fotografía, y se entusiasmó más todavía. “Entender de arte es muy bonito, aunque difícil –confesaba–, pero conociendo su historia resulta más fácil entenderlo”. Como becaria del Consejo de Humanidades aprendió, entre otras cosas, el manejo de programas de ordenador, desde el Word, Excel o Internet a Access, Filemaker, Photoshop y PowerPoint. “Me adapté a la modernidad”, dice encogiéndose de hombros.

El profesor Banús le proporcionó unas prácticas de verano en Madrid, y allí trabajó –“como un ratón de biblioteca”– en el Instituto de Arte e Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. “Era la primera vez que salía de casa –me cuenta–, estaba en una residencia de estudiantes, y lloré mucho..., porque no conocía a nadie y quería volver

a casa, pero luego fue encantador, hice muchísimas amistades. Trabajé con colecciones fotográficas de arte, que escaneaba, catalogaba y documentaba. Fui seis o siete veces al Museo del Prado, los sábados, que es gratis, y al Thyssen, visité el Palacio Real, El Escorial, todo... O sea, muy bien”.

“Cuando se acercaba el final de la carrera —cuenta—, pensando en el futuro trabajo, nos entraba la psicosis. ¿iQué haré!? iTengo que estar preparada!”, y siguió un curso de “Habilidades Directivas en la Gestión de Recursos Humanos” en el Club de Marketing de Navarra, dedicado a “la capacitación para el comercio exterior, cómo hablar en público, trabajar en equipo y cosas así”.

Una vez licenciada en Humanidades y con el Diploma de Estudios Artísticos, en el 2000, la Universidad la contrató. “¡Me pagaban por trabajar! “, exclama acordándose de aquella nueva experiencia. Ocho horas al día. Ya era una profesional. Durante medio año trabajó en el Centro de Estudios Europeos.



3. Pionera en la Universidad

La prueba de fuego para Maite fue la puesta en marcha, por primera vez en nuestra historia, de los Cursos de Verano de las universidades navarras. La mano derecha de Banús fue Barrós, e incluso su mano izquierda, porque resolvió muchas situaciones con diplomacia y valor. Trataron de temas tan diferentes como “La Inmigración”, “La Pamplona que viene: Urbanismo del siglo XXI”, “Historia y Cultura Vasca”, “La Unión Europea”, “El cine de los 90”, “Nuevas tendencias en el periodismo escrito” y “Realidad y Derecho: cuestiones jurídicas de actualidad”.

Maite recordaba: “¡Aquello sí que fue conocer los problemas reales de la gestión cultural! Para mí se trató de un gran reto profesional, ya que supuso un salto cualitativo de responsabilidad con respecto a todas las experiencias anteriores. Era la primera vez que me enfrentaba a todas las áreas de organización de unos cursos de verano, de las actividades culturales y conferencias que se organizaron en su marco: programación, calendario, búsqueda de colaboradores y ponentes, coordinación de equipos de apoyo, marketing y publicidad, presupuestos, facturas, etc., y todo esto ante la gran expectativa de público, organizadores y patrocinadores, ya que se trataba de la primera edición”.

Por si fuera poco, organizó dos conciertos. Uno en la Catedral de Pamplona, el otro se celebró en la Universidad de Navarra, en los edificios de Comunicación, Arquitectura y en el Edificio Central.

Luego colaboró en el II Foro de Humanidades, ideado por Banús para promocionar y apoyar la carrera, en el que los graduados que pueden reunirse una vez al año, cuentan sus experiencias, qué aporta cada cual en su trabajo, “y ver que han salido adelante —comenta Maite—, eso anima mucho a los alumnos”.



4. Del arte abstracto a una macedonia cultural

Con el pintor y escultor estellés Ciriza tuvo su segundo trabajo en Pamplona. Durante un año y medio organizó, programó y promovió las exposiciones en la Galería de Arte Carlos Ciriza. “En arte yo estaba en pañales, y el abstracto no me entusiasmaba, pero es con el que más he aprendido –me explica–, y sobre todo le fui tomando cariño a la escultura”. Se acuerda con gusto de la exposición de grandes maestros de la pintura navarra. Y recuerda también cuánto progresó con Ciriza para estar en condiciones de hablar del abstracto con los posibles compradores que visitaban la Galería. “Convencer a un señor que entra y si compra es por capricho, eso no es sencillo, y manejar lo económico, tampoco”, me comentaba.

Un día se enteró de que la Fundación Caja Navarra iba a construir un centro social y cultural y el proyecto le interesó. “Le pregunté a Enrique Banús si sabía cómo se iba a gestionar –me cuenta– y mandé mi currículum sin demasiadas esperanzas. Al cabo de ¡cuatro meses! me llamaron para hacer una entrevista, y un mes después me incorporé. El cambio fue paulatino, ya que estuve un mes simultaneando trabajos”.

De lo abstracto y tranquilo pasó a lo muy concreto y casi trepidante. Por el Civican pasan unas 1.500 personas de todas las edades durante diez horas al día, y Maite Barrós es quien planifica, organiza y lleva el peso de los cursos, talleres y actividades culturales, un constante movimiento y burbujeo de música, películas, conferencias, café con libros, cuentos para niños, conciertos, artes plásticas, gastronomía, diseño, teatro, danzas, fotografía digital, informática, poesía, títeres... “Es un no parar –comenta–; en una programación de tres meses, 122 cursos, 140 citas culturales y los problemas adyacentes: una profesora que no llega, el proyector que se ha atascado...”.

Ella lo cuida todo mucho, porque Civican da la imagen corporativa de la Fundación Caja Navarra, y no quieren ofrecer nada adulterado o de mal gusto. “En lo cultural –había explicado– a veces por ahí aparece la zafiedad, y yo me acuerdo de lo que decía Banús, que conviene atenerse al punto de vista antropológico y al respeto a las personas, pasar por este cedazo lo que ofrecemos”.

Al despedirnos le pregunté:

–Por tu experiencia, ¿qué dirías a los que empiezan Humanidades?

–Hombre, pues... que en el estudio aprovechen mucho el tiempo, y, fuera de lo puramente académico, aparte de las clases, que aprovechen las oportunidades de colaborar en un departamento, en seminarios, foros... Y que escojan las asignaturas que les gusten de verdad.